

XXII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo B

Emilio Aguirre Martín-Gil

Para tu reflexión

"Pero su corazón está lejos de mí" (Mc 7, 6)

En la primera lectura (Dt 4,1 ss) se nos invita a "escuchar", a escuchar la Palabra de Dios.

Procuremos tener esa disposición personal de escucha, de atención, de reverencia y contemplación de la Palabra. Esa "Palabra que ha sido plantada y es capaz de salvarnos", como nos dice (Santiago 1,17 ss).

Pero no nos hemos de limitar a "escuchar", sino que hay que "llevarla a la práctica". En el Evangelio (Mc 7. 1-23), Jesús puso en entredicho, no la fe en Dios, sino las prácticas de la falsa religiosidad y la hipocresía de los fariseos. Los signos que Jesús quería entonces, y quiere ahora de nosotros, son las prácticas de las bienaventuranzas y las obras de misericordia.

No es igual hablar de Dios, rezar, procesionar imágenes del Señor, la Virgen o los santos por las calles, que descubrir el rostro de Dios en los pobres, los humildes o los desesperanzados. Nuestra sociedad está en crisis. Crisis no solo económica y financiera, sino también en crisis de valores humanos y morales.

Los cristianos debemos "escuchar" la Palabra de Dios y "oír" el clamor de su pueblo, como lo hizo El en el desierto. Hoy también hay desierto. Hoy también hay Palabra de Dios. ¿Habrá sintonía entre las dos?

¿Sabremos escuchar lo que dice Dios o estamos aturdidos por nuestras propias palabras?...

Es necesario llevar el Evangelio a la vida, de lo contrario, nuestro culto será puro fariseísmo. El mundo actual tiene derecho a una palabra de esperanza y sinceridad. Los ateos, los agnósticos y laicistas tienen derecho a oír, no sólo palabras de condena, sino palabras y hechos salvadores para que descubran la alegría de poder vivir plenamente la fe sin dejar de ser hombres libres y comprometidos con los problemas sociales.